

VICTOR DE L'AVEYRON, aprendiz del deseo

VICTOR DE L'AVEYRON, desire's apprentice

José Manuel VÁZQUEZ-ROMERO

Universidad P. Comillas, Madrid

vazquez@upcomillas.es

Recibido: 15/09/2011

Aprobado: 20/12/2011

La jouissance absolue, si elle était, ce serait un enfant qui n'aurait jamais appris à parler
MEHDI BELHAC KACEM, Événement et répétition

Resumen

La crónica de la ardua empresa de educación de un niño *salvaje* a comienzos del siglo XIX, redactada brillantemente por su tutor, constituye una ilustración inaugural de la virtualidad antropológica que cobra la pedagogía cuando la acción educativa es concebida como la institucionalización de la subjetividad desde los umbrales de lo humano: el diseño del proceso educativo que abraza las figuras del *salvaje* y el *idiota*, la estimulación como una administración de las pulsiones que da el contrapunto al rousseauianismo educativo, el aprendizaje del lenguaje como acceso a la simbolización del deseo o el desafío de la sexualidad infantil a los dispositivos educativos son algunos de los temas que aquí, en el hito *Victor de l'Aveyron*, comparecen, pero que distan en absoluto de agotar su infinitud.

Palabras clave: educación, salvaje, idiota, libido, Jean Itard, Victor de l'Aveyron

Abstract

The chronicle of the arduous task of raising a *savage* child in the early nineteenth century, brilliantly written by his guardian, is an inaugural illustration of the anthropological virtuality that takes action in pedagogy when education is seen as the institutionalization of subjectivity from the thresholds of the human being: the design of the educational process that embraces the figures of the *savage* and the *idiot*, stimulation as an administration of the drives that is a counterpoint to educational Rousseauism, the learning of language as an access to the symbolization of desire or the challenge of child sexuality to educational devices, are some of the issues that appear here, in the landmark of Victor de l'Aveyron, but they are far from exhausting its infinity.

Keywords: education, savage, idiot, libido, Jean Itard, Victor de l'Aveyron.

1. El salvaje

Cuando en *Les structures élémentaires de la parenté* se persigue la respuesta a la pregunta doble –o, mejor, a la pregunta por el doblez que hace posible su duplicidad–: ¿Dónde termina la naturaleza? ¿Dónde comienza la cultura?, respondiéndose que en la interdicción del incesto, se desechan previamente algunas respuestas consideradas frustrantes, y, entre ellas, se despacha que la investigación de los casos documentados de ‘niños salvajes’ pudiera enseñarnos algo de valor para el asunto antropológico, dictaminándose que “de las antiguas relaciones surge claramente que la mayoría de estos niños fueron anormales congénitos y que es necesario buscar en la imbecilidad, mostrada en grado diferente por cada uno de ellos, la causa inicial de su abandono y no, como se quiere a veces, su resultado”¹. Y, como documentando ese dictamen, en una nota de ese pasaje de la introducción se nos remite a dos referencias bibliográficas: “J. M. G. Itard, *Rapports et mémoires sur le sauvage de l'Aveyron*, etc. París, 1894. A. von Feuerbach, *Caspar Hauser*, traducción al inglés, Londres, 1833, 2 vols.”. Dos casos muy distintos. El segundo personaje, célebre y que ha merecido un enfoque policiaco y folletinesco, no nos ocupará aquí; sí el primero, ese *salvaje de l'Aveyron*:

Un niño de unos once o doce años, que tiempo atrás había sido avistado totalmente desnudo por los bosques de La Caune a la busca de bellotas o raíces, de que se alimentaba, fue en los mismos parajes descubierto hacia el final del año VII, por unos cazadores, que consiguieron darle alcance y apoderarse de él, cuando intentaba, en las ansias de la fuga, ampararse entre las ramas de un árbol. [...].

[...]

Comenzando su descripción por el aspecto que ofrecían las funciones sensoriales de nuestro pequeño hombre bravo, el ciudadano Pinel nos informó haber encontrado sus sentidos en un estado tal de inhibición, que el infeliz se hallaba, según él, a este respecto, bastante por debajo de algunas de nuestras especies zoológicas domésticas: los ojos, sin fijeza ni expresión, sin cesar divagan de un objeto a otro, sin detenerse jamás en uno de ellos, hallándose tan poco ejercitados, tan poco coordinados con el tacto, que en modo alguno sabían distinguir entre un objeto de bulto o una simple pintura; el oído tan insensible a los ruidos más fuertes como a la más emotiva de las melodías; el órgano de la voz, en el estado de mudez más absoluto, no emitía sino un sonido uniforme y gutural; el del olfato parecía igualmente indiferente a la exhalación de los perfumes como al hedor de las basuras de que estaba impregnado su cubil; el tacto en fin se limitaba a la función mecánica y no perceptiva, de la pura prensión de los objetos. Pasando, pues, de las funciones sensoriales a las intelectuales, el autor del informe nos mostró a su paciente incapaz de atención, salvo en lo que atañía a los objetos de sus necesidades, y sustraído por lo tanto a las operaciones del espíritu que reclaman el concurso de aque-

¹ C. Lévi-Strauss, *Las estructuras elementales del parentesco*, Barcelona–Buenos Aires, 1969, p. 37.

lla facultad; privado de discernimiento, negado a la memoria, desprovisto de toda actitud imitativa y hasta tal punto obstruido a los recursos de la mente, incluso relativos a sus propios intereses, que aún no había aprendido siquiera a abrir las puertas ni acertaba a valerse de una silla para atrapar algún manjar que se hurtase a sus alcances. Se hallaba, finalmente, desprovisto de todo recurso comunicativo y en ningún ademán o movimiento de su cuerpo podía adivinarse modo alguno de intencionalidad ni de expresión; sin apariencia de motivo alguno, pasaba de repente de la más melancólica apatía a una risa explosiva y desbordante. Insensible su alma a cualquier afección moral, toda su inclinación y su placer quedaban circunscritos al agrado del órgano del gusto, todo su discernimiento a las operaciones de la gula, toda su inteligencia a la capacidad para unas cuantas ocurrencias aisladas y siempre relativas a la satisfacción de sus necesidades; en una palabra, su existencia toda quedaba reducida a una vida puramente animal².

El salvaje frustró las expectativas del público parisino y perdió rápidamente el aura de primitivismo y autenticidad³. La viva curiosidad inicial ante tal curiosidad viviente⁴, en la que, bien, o mal mirado, se esperaba confirmar la división, el límite, el umbral en el que se separan naturaleza y cultura, animal y hombre —ya fuera para ver cómo las luces del progreso lo deslumbraban, ya fuera para oírle declarar el secreto originario⁵— se extinguió; a continuación, bien, o mal mirado, la observación psiquiátrica procede a describirlo, después a compararlo, y así, a identificarlo, a encontrar su identidad entre la de otros: el salvaje era, bien mirado, un imbécil. El diagnóstico de la lumbrera de la psiquiatría de la época —el mentado *ciudadano Pinel*⁶— lo ciñó al cuadro clínico de los idiotas congénitos, recomendando su ingreso en un manicomio.

Sin embargo, el médico que se encargará de su tratamiento *moral* —Jean Itard (1774-1838)— sugirió causas distintas para su retraso que justificarían una confianza en su curación: no una imbecilidad irredimible, sino el aislamiento prolongado de aquella criatura sería la causa que habría conducido a aquel estado lastimoso caracterizado por la misantropía, la indolencia y el embotamiento en que sobrenadarían sus pocas necesidades. El empeño de su futuro tutor será desplazar el caso del ámbito al que parecía predestinado, el clínico, y asignarlo al proceso educativo, porque

lejos de ser un adolescente aquejado de imbecilidad congénita que de ser un niño de unos diez o doce meses, si bien ciertamente un niño al que un largo período excepcional y supernumerario de existencia prehumana, con todos los gajes obligados de la supervivencia, había venido a acarrear en disfavor de su eventual humanidad señaladas costumbres asociadas, un arraigado desvío de la atención, una marcada rigidez de los órganos sensorios y una sensibilidad accidentalmente embotada⁷.

2 J. Itard, *Memoria e Informe sobre Victor de l'Aveyron*, traducción y comentarios de R. Sánchez Ferlosio, *Comentarios*, Madrid, 1982, pp. 11, 13 s. (comprende: *Memoria acerca de los primeros progresos de Victor de l'Aveyron*, 1801, y *Informe acerca de los nuevos progresos de Victor de l'Aveyron*, 1806; en este artículo nos referiremos indistintamente a ambos, indicando, sin más, la página). No podemos aquí hacer justicia a las sazonadas y sabias notas del editor español, que componen todo un ensayo filosófico-lingüístico.

3 “Entretanto en París se había anticipado las más irrazonables y halagüeñas esperanzas sobre el niño bravío de l'Aveyron. Multitud de curiosos se las prometían de lo más felices en la impaciencia de ver cuál no sería el asombro del muchacho ante las maravillas de la Ville Lumière; otros muchos —personas, por lo demás, muy respetables por su reconocida ilustración— olvidando, por su parte, que la ductilidad de los órganos del hombre, como la consiguiente capacidad de imitación que lo distingue, han de venirle a menos cuando el trato social llegue a faltarle y cuanto más se aparte de su edad primera, juzgaban que sería cuestión de pocos meses la educación de nuestro niño y se auguraban que pronto escucharían de sus propios labios los secretos más hondos y excitantes de su condición pasada. ¿Y qué se vio en lugar de todo esto? Una pobre criatura” (p. 12).

4 “Pues bien, «curiosidad» es la palabra que yo buscaba para formalizar todo el campo de analogía que reúne a la bestia y al loco cuando, en los parques zoológicos y en los manicomios post-revolucionarios, estos se convierten, en todos los sentidos de la palabra, en *curiosidades* para la *curiosidad* solícita, compulsiva de —digamos— aquellos que están fuera y se acercan a ellos a cierta distancia para observarlos o inspeccionarlos soberanamente desde fuera, tras haberlos encerrado” (J. Derrida, *Seminario. La bestia y el soberano. Volumen I (2001-2002)*, Buenos Aires, 2010, p. 348).

5 El traductor vierte por *los secretos más hondos y excitantes* (p. 12) el francés *les reinsegnements les plus piquants*, aquellos que no se le revelarán jamás a el salvaje, manteniéndolo, a sabiendas, en la ignorancia (vid. infra).

6 *Philippe Pinel* (1745-1826), tenido por el fundador de la psiquiatría moderna.

7 pp. 17 s. (vid. infra, sin más indicación que la página).

Por medio de esa finta pedagógica, el tratamiento del niño ferino constituirá el acontecimiento determinante de las condiciones de una concepción de la educación que reconoce la legalidad del desarrollo de la personalidad infantil y, con ello, asume la jurisdicción de sus anomalías (educación especial). La indecidibilidad entre salvajismo e idiotez, que el caso puso de manifiesto, y la intervención itardiana, que fuerza el enfoque educativo, subvertirán la inclusión del salvaje en el idiota y la invertirán⁸. La situación se suplementa, entonces, con una reversibilidad que permite un trasiego entre ambas figuras de consecuencias fecundas. La decisión de preservar la excepcionalidad del niño ferino como un caso de la recursividad de lo humano, que bordearía al animal por la monotonía de sus necesidades y el déficit de simbolización⁹, permitirán reconocer como tal

8 La decisión educativa desafiaba la interpretación más fiable según las evidencias disponibles, y iba más allá de las reservas metódicas al uso: “acto seguido, remitiéndose a numerosos historiales del archivo de Bicêtre, sobre casos de idiotas incurables, el ciudadano Pinel estableció un paralelo riguroso entre el estado del niño bravío del Aveyron y el cuadro clínico de aquellos infelices, de lo cual se infería necesariamente la identidad más absoluta entre ambos términos y en consecuencia era obligado concluir que, aquejado de una enfermedad considerada hasta hoy como incurable, nuestro niño no habría de ser jamás capaz de sociabilidad ni aprendizaje alguno. No otra, en efecto, fue la conclusión definitiva que el ciudadano Pinel vino explícitamente a sacar como congruente resultado de sus investigaciones, sin menoscabo de expresar, no obstante, aquella última reserva de duda filosófica, tan recurrente en sus escritos, a la que quien como él quiera preciarise de conocer la ciencia del pronóstico –todo el juego azaroso de sus cálculos, la incertidumbre de sus conjeturas– dejará siempre la última palabra. Por mi parte, a pesar de la total veracidad del cuadro y de la irreprochable exactitud del paralelo establecido, me resistí a compartir semejante conclusión y me atreví a dar aliento a la esperanza” (pp. 14 s.). Si bien, esa pericial de la verdad (de la descripción) y de la exactitud (de la comparación) de una ciencia que pronostica (calcula probabilidades y conjeturas) ha de carearse en el tribunal con esos otros testimonios mudos, pero inscritos en el cuerpo mismo del sujeto, también mudo; habrá de observarse el propio cuerpo, cuyas marcas declaran (*déposent*) filosóficamente, metafísicamente, contra la invalidez, la insuficiencia, la inviabilidad de *los medios naturales del hombre abandonado a los solos recursos de su fisiología* (*de l'homme livré seul à ses propres moyens*), testimonios que reconocen la contradicción entre vida y muerte que sufragaría una naturaleza cuya ley es la oposición: “todas ellas, en fin, atestiguaban de un prolongado desamparo, y daban, al mismo tiempo, no poco que pensar, ya en un plano más general y filosófico, por cuanto argüían en detrimento de la presunta debilidad e insuficiencia del animal humano abandonado a los solos recursos de su fisiología, y a favor de las reservas que esta misma es capaz de desplegar, llegado el trance, en beneficio de la supervivencia, como si la naturaleza, obediente a una ley contradictoria, se obstinase abiertamente en defender y conservar con una mano aquello mismo que, de modo solapado, menoscaba y destruye con la otra” (16 s.) (*témoignages nombreux et ineffaçables du long et total abandon de cet infortuné, et qui, considérés sous un point de vue plus général et plus philosophique, déposent autant contre la faiblesse et l'insuffisance de l'homme livré seul à ses propres moyens, qu'en faveur des ressources de la nature qui, selon des lois en apparence contradictoires, travaille ouvertement à réparer et à conserver ce qu'elle tend sourdement à détériorer et à détruire*).

9 “Sea el problema metafísico siguiente: *establecer cuál sería el grado de inteligencia y cuál la naturaleza de las ideas de un adolescente que, excluido desde su infancia de toda educación, hubiese vivido totalmente aislado respecto de los otros individuos de su especie; o yo no sé lo que me digo, o la única solución de este problema es la de no conceder a ese individuo más que una inteligencia circunscrita al reducido acervo de sus necesidades y despojada de todas las ideas simples y complejas que recibimos por la educación y que solo por obra y gracia del lenguaje podemos combinar de mil maneras en nuestro entendimiento*. Pues bien, a mi entender, no es sino este el cuadro moral del niño bravío del Aveyron y la solución del problema nos ofrece la causa y el alcance de su estado intelectual” (p. 15). Esa pobreza de mundo que coincide con la apatía que se comprobaba en el muchacho es declarada obstáculo para su humanización, pero más parece un cuadro melancólico, hasta hipocondríaco, consecuencia de su secuestro: “Cuando permanecía en su habitación, se le veía invariablemente entregado a su monótono, agobiante balanceo, los ojos vueltos siempre a la ventana, la mirada vagando tristemente en el vacío de la tarde apacible y mortecina; pero si por ventura entonces daba en soplar de súbito un viento tormentoso, o bien el sol, oculto tras las nubes, las rajaba de pronto, descubriendo su rostro relumbrante e inundando los aires con su luz dorada, allí eran estrepitosas explosiones de una risa exultante, de un júbilo espasmódico, en cuya agitación, dirigida hacia delante, parecía adivinarse la expresión de cierto impulso que le habría llevado a franquear de un salto la ventana y lanzarse hacia el jardín. Alguna vez, en cambio, en lugar de estos movimientos de alegría, eran accesos frenéticos de rabia: se retorcia los brazos, se ponía los puños en los ojos y llegaba a volverse peligroso para cuantos se hallasen junto a él” (p. 20). El traumatismo de la cautividad que padece y trastorna al animal recién capturado y enjaulado en el zoo, ese duelo por la selva perdida que lo crispa y, también, lo abotarga, expone el problema de la esencia de la política cuando esta se cifra en el símbolo del autós como unidad para la reconciliación de la libertad y de la soberanía (autonomía, autodeterminación). El pliegue entre ambas –libertad y soberanía– se despliega en la reversibilidad que se juega entre el original y la traducción, pareciendo que solo la maniobra de la traducción, al plegarse sobre la originariedad del original, abre la equívocidad que existiría en la mismidad (libre y soberana), y allí donde el francés dice una *vie libre et innocent*, el español traduce una *existencia ingenua y soberana*. La soberanía, ¿o la ingenuidad?, recubre la inocencia, ¿o la libertad?, en el gesto de la traducción, al modo

al salvaje y expresar el estado de salvajismo con parámetros ontogenéticos (*un niño de unos diez o doce meses*), reagrupándolo así en el desarrollo común a la infancia, y, de resultas de ello, permitirán reagrupar educativamente al idiota por medio de su inscripción en relación con el salvaje, de tal modo que el tratamiento de este último prefigurará el tratamiento de los idiotas como un tratamiento educativo basado en la estimulación (sensorial).

[...] cualquiera que sea el punto de vista bajo el que se mire tan larga experiencia –sea que se la considere como la educación sistemática de un niño bravo, sea que nos limitemos a mirarla como el tratamiento físico y moral de una de esas criaturas malheridas por la naturaleza, rechazadas por la sociedad y abandonadas por la medicina–, los cuidados que se le han prodigado, los que se le han de prodigar, los cambios ocurridos, los que todavía pueden ocurrir, la llamada de la humanidad, el interés que puede inspirar tan absoluto abandono y tan extraño sino, todo, en fin, recomienda este joven extraordinario a la atención de los sabios, a las solicitudes de la administración y a la protección del gobierno¹⁰.

El caso del niño salvaje y su tratamiento, *trabajoso y paulatino*, desbroza y dispone, precisamente por mor de su dificultad, la potencia de la virtualidad del nuevo esquema educativo:

a consecuencia de una larga inactividad sus facultades intelectuales están sujetas a un desarrollo lento y penoso y que ese mismo desarrollo, que en los niños criados en la civilización es fruto natural del tiempo y de las circunstancias, es aquí el resultado trabajoso y paulatino de una educación enteramente activa, en la que para lograr el efecto más pequeño hay que poner en juego los medios más poderosos...¹¹.

La fidelidad itardiana a ese diagnóstico, que desborda el enfoque clínico, se despliega en su propuesta de un *programa educativo* de normalización, basado en la familiaridad afectiva, la estimulación sensorial y la amplificación motivacional. Un ambiente propicio para la estimulación sensorial que precipite su habilitación como criatura parlante capaz de suplementar sus necesidades:

como el original, ¿natural?, es investido en el término de la otra lengua, poniendo fin a su desnudez al arroparlo (sobre “le traumatismo de la captivité, vid. H. F. Ellenberg, “Jardin zoologique et hôpital psychiatrique”, en *Médecine de l’âme. Essais d’histoire de la folie et des guérisons psychiques. Textes réunis et présentés par Elisabeth Roudinesco*, 1995, pp. 471-502, esp. 491-493. Allí se apunta: “Rappelons que plusieurs jardins zoologiques ont exposé des représentants de l’espèce humaine. [...] Le fameux «sauvage de l’Aveyron» fut logé au Jardin des Plantes avant d’être recueilli par Itard” (p. 481). Sobre el *Jardin d’acclimatation*, donde se organizaron 33 exposiciones de seres humanos entre 1877 y 1931, vid. É. Lépine, “La mystification de la race”: *Le Point. Références*, mayo-junio de 2011, pp. 66-69).

10 p. 97. La pedagogía rousseauiana expelía al idiota, cuya educación resultaría un despilfarro que duplicaría el consumo, *dos por uno*: “yo no me encargaría de un niño enfermizo o cacoquímico, aunque él hubiera de vivir ochenta años. No quiero un alumno siempre inútil para sí mismo y para los demás, que únicamente se ocupa de conservarse, y cuyo cuerpo perjudica la educación del alma. ¿Qué haría yo prodigándole en vano mis cuidados, sino duplicar la pérdida de la sociedad y privarle de dos hombres por uno? Que otro en mi lugar se encargue de ese lisiado, consiento en ello, y apruebo su caridad; pero mi talento no es ese en mí: no puedo enseñar a vivir a quien solo piensa en no morirse” (J.-J. Rousseau, *Emilio, o De la educación*, prólogo y notas de Mauro Armiño, Madrid, 1990, p. 58). Pero, hacia mediados la década de los 40 del siglo diecinueve, la idiotéz habría dejado de ser investigada nosológicamente (enfermedad, lesión), para pasar a serlo pedagógicamente (evolución, estado), de acuerdo con una concepción dinámica de la infancia que se plasmará en el nuevo concepto de desarrollo, y que perseguirá que el uno del idiota llegue a doblarse incoactivamente por la vía educativa como sujeto autónomo. El idiota sería estimado de acuerdo con su grado de desarrollo ideal en dirección a la adultez, que estaría detenido o retrasado respecto al de los otros niños de su edad. “En Seguin [discípulo de Itard], el idiota y el retrasado mental no son enfermos: no se puede decir que les falten estadios; no han llegado a ellos o han llegado con demasiada lentitud. [...] se desprende de ello que la atención que debe prestársele no diferirá en su naturaleza de la atención brindada a cualquier niño; es decir, que la única manera de curar a un idiota o un retrasado es imponerle sin más la educación misma, eventualmente, por supuesto, con unas cuantas variaciones, especificaciones de método; no debe hacerse otra cosa, empero, que imponerle el esquema educativo” (M. Foucault, *El poder psiquiátrico. Curso del Collège de France (1973-1974)*, Madrid, 2005, pp. 210 s.).

11 p. 96.

Primer punto.—Que paulatinamente se fuese aficionando a la vida entre los hombres, haciéndosela más dulce y llevadera de lo que lo había sido hasta el momento y sobre todo más afin a la silvestre existencia que tan contra su gusto y condición se había visto obligado a abandonar.

Segundo punto.—Que por medio de estimulantes tan enérgicos como fuese menester, y aún a través de vivas conmociones de su alma, se fuera restaurando su embotada sensibilidad nerviosa.

Tercer punto.—Que se fuese ampliando el radio de sus ideas, extendiéndolo a un campo de necesidades nuevas y aumentando sus relaciones con el prójimo.

Cuarto punto.—Que bajo la imperiosa urgencia de la necesidad se viese obligado al ejercicio de la imitación, a fin de conducirlo al don de la palabra.

Quinto punto.—Que se emplease durante un cierto tiempo en proyectar las más simples operaciones anímicas sobre los objetos inmediatos de sus necesidades, para sustituirselos más adelante por objetos de enseñanza¹².

Con la primera directriz (*primer punto*) se pretenderá una paulatina familiarización e intimación del salvaje, siendo acogido en un hogar dirigido por una diligente institutriz (*madame Guérin*) y creando así un ambiente favorable para su educación que promoviera una sociabilidad que pusiera término al duelo por el paraíso perdido del animal enjaulado.

La estimulación sensorial o habilitación de los sentidos (*segundo punto*) tenía como finalidad la preparación para el desarrollo de las facultades intelectuales (*tercer punto*), de acuerdo con un condillacismo que reconocería “la conexión profunda que liga al hombre físico con el hombre intelectual, que, si bien sus dominios respectivos aparece y son de hecho muy distintos, todo viene a confundirse en la zona de contacto entre estas dos clases de funciones”¹³. Conforme con tal directriz, el educador diseñará ejercicios y confeccionará materiales didácticos como recursos para ese penoso y moroso proceso de análisis del infinitesimal educativo que solo su caso podía deparar.¹⁴

El agenciamiento de las necesidad que caracteriza a este tratamiento educativo (*cuarto y quinto punto*) revela la intención profunda del proceso educativo, que, más allá de la educación de los sentidos, se dirige a la economía de las pulsiones —*las fuentes internas de las necesidades*¹⁵—, y ello de un modo que podemos calificar de inversión del rousseauianismo antropológico: sí, por

12 p. 18.

13 p. 67.

14 Esos recursos materiales serán modélicos para las futuras escuelas nuevas de finales del siglo diecinueve, hasta el extremo de estimarse su legado como fundacional para la escuela nueva y la pedagogía activa: “About a century had passed from Itard to Montessori, from Victor’s «classroom» in his teacher’s lodgings to children’s houses [las *case dei bambini* montessorianas] throughout the world. The tributaries of this mainstream in modern education were Condillac, Pinel Epée, and Sicard: philosophy, medicine, and linguistics converging on two young men in Paris one summer in 1800. Itard had set out to train an *enfant sauvage*; by his journey’s end he had become the originator of instructional devices, the inventor of behavior modification, the first speech and hearing specialist, founder of otolaryngology, creator of oral education of the deaf, and father of special education for the mentally and physically handicapped. Sensory education was gaining breadth and momentum as his student Séguin took the helm. Séguin went on to establish the education of the retarded worldwide and to discern the vast panorama beyond, where the training of the handicapped opened the training of all mankind. Montessori, coming later, saw the course she must follow more clearly: extending Itard’s program first to the early stages of child development, before formal education, to revising our conception of education itself, whatever the age of the learner. Montessori died just two decades ago. But our society has so thoroughly absorbed what this evolving systems offered that we barely recognize its features, understand why they were sensational discoveries at the time, or appreciate the struggle and the vision of those who rode the stream of history and also changed its course, from Itard to Montessori” (H. Lane, *The Wild Boy of Aveyron*, Cambridge, Mass., 1976, pp. 285 s.).

15 En el contexto del relato de los distintos procedimientos por los que el principio del placer gobierna la vida humana: “interviniendo sobre estas mociones pulsionales uno puede esperar liberarse de una parte del sufrimiento. Este modo de defensa frente al padecer ya no injiere en el aparato de la sensación; busca enseñorearse de las fuentes internas de las necesidades” (S. Freud, *El malestar en la cultura*, en *OO.CC.*, ordenamiento, comentarios y notas de James Strachey con la colaboración de Anna Freud, asistidos por Alix Strachey y Alan Tyson. Traducción directa del alemán de José L. Etcheverry. Volumen 21 (1927-1931), p. 78).

un lado, se pretende frenar en el rousseauiano *Émile* cualquier emergencia de nuevas pasiones que provocarían un crecimiento desajustado, con *Victor* se busca dilatar sus necesidades extensiva e intensivamente.

2. Las necesidades

Una nota del *Discours sur l'origine et les fondaments de l'inegalité parmi les hommes* (1754), alude, entre otros casos, a “el de aquel niño que fue hallado en 1344 cerca de Hesse, donde había sido alimentado por lobos, y que luego, en la corte del príncipe Enrique, decía que si solo hubiera dependido de él, habría preferido volver con ellos a vivir entre los hombres”¹⁶. Es una pieza más de esa crítica de la sociedad que vitupera a la cultura como pátina de la desigualdad creada por la tumefacción de las necesidades; estas habrían sido hinchadas y fetichizadas, alterando así el punto de equilibrio o *justo medio* entre pasión y empresa que caracteriza al salvaje. Se trata del círculo vicioso del progreso:

A pesar de lo que digan los moralistas, el entendimiento humano debe mucho a las pasiones que, a la recíproca, le deben mucho también; es gracias a su actividad por lo que nuestra razón se perfecciona; solo tratamos de conocer porque deseamos gozar, y no es posible concebir por qué quien no tenga ni deseos ni temores ha de darse la molestia de razonar. Las pasiones, a su vez, extraen su origen de nuestras necesidades, y su progreso de nuestros conocimientos; porque solo se pueden desear o temer las cosas por las ideas que de ellas se puedan tener o por el simple impulso de la naturaleza; y el hombre salvaje, privado de toda suerte de luces, solo experimenta las pasiones de esta última especie; sus deseos no van más allá de sus necesidades físicas¹⁷.

La constatación de la proporcionalidad directa entre necesidades y progreso la comparten el tutor de *Émile* con el de *Victor*; quien asegura la

relación constante entre ideas y necesidades; que la multiplicidad creciente de estas en los pueblos cultivados tiene que ser considerada como un gran instrumento de desarrollo del espíritu: de manera que puede asentarse la proposición general de que todas las causas accidentales, locales o políticas, tendentes a aumentar o disminuir el acervo de nuestras necesidades contribuyen necesariamente a dilatar o a contraer la esfera de nuestros conocimientos y el dominio de las ciencias, las bellas artes y la industria social¹⁸.

Sin embargo, para este último, el agenciamiento educativo habría de consistir en el cultivo de las necesidades: un proceso de maduración, diversificación y recreación de las necesidades, concebido como dilatación, desviación y suplementación del placer, de tal modo que el deseo

16 J.-J. Rousseau, *Del contrato social. Discurso sobre las ciencias y las artes. Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*, prólogo y notas de Mauro Armiño, Madrid, 31985, pp. 302 s. Si bien esa referencia se encuentra en una nota que se ocupa de un asunto que podríamos despachar como peregrino (si el hombre originario era bípedo o cuadrúpedo), el personaje del niño ferino nutre el imaginario antropológico en ese estado naciente. Todo el des-centramiento que exige la perspectiva antropológica que se configura en ese discurso conduce a replantear la figura de lo humano desde esos casos límites, y si “quizá después de investigaciones más exactas se encuentre que [pongos, mandriles y orangutanes] no son ni bestias ni dioses, sino hombres”, a la inversa, podemos preguntarnos “¿qué juicio se cree habrán formado semejantes observadores sobre el niño encontrado en 1694 [...], que no daba señal alguna de razón, caminaba sobre sus pies y sus manos, no tenía ningún lenguaje y formaba sonidos que no se parecían en nada a los de un hombre? Si por desgracia para él este niño hubiera caído en manos de nuestros viajeros, no se puede dudar de que tras haber observado su silencio y su estupidez, habrían adoptado la decisión de volverlo a mandar a los bosques, o encerrarlo en una casa de fieras; tras lo cual habrían hablado doctamente de él en sus bellas relaciones como de una bestia muy curiosa que se parecía bastante al hombre” (*Sobre el origen de la desigualdad*, ed. cit., pp. 320 s.).

17 Íd., pp. 221 s.

18 *Memoria e Informe*, pp. 53 s.

(del instante) –o el instinto– se explayase en el goce (de la repetición) –o la pulsión–, haciéndolo así consciente del límite y dependiente de la repetición: el placer estriba ya en la representación del placer. El instinto resulta así uncido en ese goce que depara el manejo de las necesidades, convertidas ya en pasiones con compulsión a la repetición; flujo de afectos a merced del operador educativo, que puede, entonces, calcular y prever, y así regular y tutelar esa economía pulsional:

hice todo lo posible por despertar estas disposiciones [relativas a los juegos infantiles que favorecen el desarrollo de la inteligencia] mediante las golosinas más codiciadas por los niños, y de las cuales espero poderme servir como instrumento de premios y castigos, como estímulo y medio de instrucción, pero la aversión que demostraba por todo manjar azucarado, así como por los más refinados guisos fue algo insuperable. Intenté entonces el empleo de platos fuertes, como más propios para estimular un paladar embotado [...] y fracasé igualmente [...]. Desesperado, en fin, de poder dilatar el acervo de sus gustos, me limité a servirme del estrecho repertorio disponible, rodeándolo, no obstante, de todas las circunstancias secundarias capaces de acrecerle el placer que pudiese encontrar en su satisfacción, y con esta intención me lo llevaba a menudo a comer a la ciudad. [...]. Yo me congratulé del resultado de esta primera salida, porque, habiéndolo procurado una satisfacción, no tenía más que repetirla unas cuantas veces para crearle una necesidad (*Je venais de lui procurer un plaisir ; je n'avais qu'à le répéter plusieurs fois pour lui donner un besoin ; c'est ce que j'effectuai*) [...]. Como cuando íbamos a estas fiestas era imposible ir a pie por la calle [...], hube de verme constreñido a llevarlo siempre en coche; y este fue otro placer que él fue asociando más y más a sus frecuentes salidas, de suerte que bien pronto estas no fueron para él ya simplemente días de fiesta a los que se entregaba con la más viva alegría, sino que se le convirtieron en una auténtica necesidad, que cuando tardaba demasiado en verla satisfecha lo ponía inquieto, triste y caprichoso¹⁹.

La comparación entre *Émile* y *Victor* es reveladora de estrategias de economía pulsional inversas. *Para el primero*, y debido a su normalidad –que lo haría susceptible de ligar libidinalmente nuevos objetos–, se propone una receta que oriente a la baja la tasa de inflación resultante de la desproporción entre necesidades y facultades por medio de la homeostasis de sus apetitos, preservando el educador cuánto puede la espontaneidad de su voluntad nativa (frente a las necesidades imaginarias) y la integridad del medio natural (frente a la mascarada social) hasta la edad de su autorregulación, evitándose así el riesgo de la pérdida de equilibrio pulsional, pues “cuanto más ganamos en goce, más se aleja de nosotros la felicidad”²⁰; por el contrario, *para el segundo*, y debido a su estancamiento –que lo haría incapaz de flexibilizar o desplazar el objeto de sus necesidades–, la intervención de su educador habría de estimularlo constantemente para aumentar sus

19 *Ibid.*, p. 30. El esquema educativo de la creación de necesidades pretendería que el alumno se hiciera cargo de sí en la reposición de la repetición: “Hegel parte de la constatación de que lo finito, tomado en su realidad concreta, siempre es, como toda categoría concreta, un devenir, un movimiento. Y el hecho de ser repetitivo asigna ese movimiento a la finitud. [...] Me parece muy profunda la idea de que la esencia de lo finito no es el confin, el límite, que son intuiciones espaciales vagas, sino la repetición. Freud y luego Lacan asignarán a la «compulsión a la repetición» la finitud del deseo humano, cuyo objeto vuelve siempre al mismo lugar. [...] Hasta ahora hemos considerado el salir de sí, que es el ser concreto de lo finito, únicamente *en su resultado*: la esterilidad repetitiva, la iteración, la insistencia de lo Mismo. Sin embargo, constata Hegel anticipándose a los artistas de nuestros días, podemos intentar aprehender y pensar ese salir de sí, ya no en su resultado, sino *en su acto*. [...] Contra la tiranía del resultado objetivo, la «recuperación en sí mismo» del acto de salir de sí permite pensar el fondo «subjetivo» de lo finito, esto es, lo infinito real inmanente a su movimiento. Se alcanza a la sazón lo infinito como creación pura por la reconquista de lo que hace valer «en sí», y no en la repetición subsiguiente, la obstinación del salir de sí. Lo infinito como *cualidad* de lo finito es esa capacidad creadora inmanente, ese poder indestructible de «franqueamiento» de los límites” (A. Badiou, *El siglo*, Buenos Aires, 2005, pp. 197-199). Aprovecho esta referencia para reconocer las sugerencias del concepto de *acontecimiento* de este filósofo: cfr. *L'être et l'événement* (1988) y *Logiques du monde. L'être et l'événement 2* (2006) (hay trad. española de ambos: Buenos Aires 1999 y 2008, respectiv.).

20 *Emilio, o De la educación*, ed. cit., p. 95. “La *jouissance*, con su naturaleza siempre excesiva, «excedente», así como el deseo en su negatividad radical, complican necesariamente el relato de la aceptación de la finitud personal, pues introducen (o indican) una fundamental *contradicción en esta finitud misma*” (A. Župančič, “Lo «universal concreto» y lo que la comedia puede decirnos al respecto”, en S. Žižek (ed.), *Lacan. Los interlocutores mudos*, Madrid, 2010, p. 255).

demandas y así lograr el desarrollo y reconversión de estas. La anormalidad del segundo (*Victor*) se basa en la anomia del instinto²¹; sin embargo, lejos de consistir en una alteración y efervescencia de los impulsos, se insiste en caracterizarla como un estado abúlico.

La puesta en obra pedagógica consistiría en provocar a las inclinaciones, en despertar el excedente libidinoso del niño como condición para su sujeción (subjektivización); por ello “desde que la multiplicidad creciente de sus necesidades fue haciendo cada vez más numerosas sus relaciones con nosotros y nuestras atenciones hacia él, aquel empedernido corazón se franqueó por fin a sentimientos inequívocos de reconocimiento y de necesidad”²². La clave de la mutación del idiota-clínico en idiota-pedagógico está en reconfigurar (desplazar) el embotamiento de las pasiones en las necesidades inmediatas que determinan cada uno de esos micro-noes instintivos –el minimalismo de cada uno de los sucesivos rechazos del aprendizaje que configurarían el estado de idiocia–, para conseguir que el sujeto emprenda el vía crucis del goce que se despidе del placer del presente y se hipoteca para siempre en el porvenir²³. El dispositivo educativo consiste en esa preliminar interposición de demoras y aplazamientos (vacío) en el placer que despliega el procedimiento educativo como itinerario infinitesimal que se despidе del presente y representa así el éxtasis: el placer desenganchado del instante se excede extáticamente, dilatándose en goce que (se) difiere (plus de goce). El niño ferino sería capaz de representar(se), entonces, la virtualidad de su satisfacción o desdicha indefinidamente²⁴. Es la metonimia del deseo:

Mirando al hombre en su más tierna infancia no parece elevarse, en lo que al entendimiento se refiere, por encima de los restantes animales: todas sus facultades intelectuales se ven delimitadas de modo riguroso al estrecho circuito de sus necesidades físicas; por mor de estas, solamente, se ejercitan las operaciones del alma. Es preciso, por tanto, que la educación las tome de su cuenta para dirigir las a la instrucción, esto es, a un orden de cosas del todo ajeno a las necesidades primordiales; de tal

21 “Es una forma anárquica de voluntad, consistente en no querer jamás plegarse a la voluntad de los otros; es una voluntad que se niega a organizarse a la manera de la voluntad monárquica del individuo y que rechaza, por consiguiente, cualquier orden y cualquier integración a un sistema. El instinto es una voluntad que «*quiere no querer*» y se obstina en no constituirse como voluntad adulta; para Seguin, esta [la voluntad adulta] se caracteriza por su capacidad de obedecer. El instinto es una serie indefinida de pequeños rechazos que se oponen a toda voluntad del otro.[/] Y aquí volvemos a encontrar una oposición con la locura. El idiota es alguien que dice obstinadamente «no»; el loco es quien dice «sí», un «sí» presuntuoso a todas sus ideas locas [...]. [...] y, por lo tanto, el papel del maestro es muy similar al papel del psiquiatra frente al loco: el psiquiatra debe dominar ese «sí» y transformarlo en «no», y el papel del maestro frente al idiota consiste en dominar ese «no» y hacer de él un «sí» de aceptación” (M. Foucault, *El poder psiquiátrico*, ed. cit., pp. 218 s.).

22 pp. 86 s.

23 “D’abord, j’affirmerai que l’enfant adore la répétition parce qu’il l’ignore. [...] La vérité de la jouissance s’éclaire comme savoir de la répétition, et la vérité de la répétition –qu’elle n’est pas un réel– se dégage à savoir que je suis [...] et pourquoi [...]. Nous avons expertisé [...] que c’était le langage qui assurait de la répétition. [...] L’enfant n’éprouve pas de clivage entre plaisir et jouissance. Nous dirons alors, mais c’est seulement affaire de terminologie, qu’il n’éprouve que des plaisirs, des ravissements, des ivresses. Plaisir : s’il est bien le principe du moindre effort, qui ne voit que l’enfant ne compte pas les siens? Il se dépense sans compter, sumptuairement. La notion d’« effort » n’a pas de sens pour lui, sauf sous le coup de la corvée imposée par l’adulte. L’effort vient de l’adulte, puisqu’il prend son sens en regard de la jouissance, como distincte du plaisir. Le plaisir ignore la limite. Il est un affect des zones mitoyennes, l’intensité du mi-chemin. Le Désir de l’enfant ignore les limites autres que réelles [...]. L’enfant battu comme l’enfant extasié ne vivent que des événements, avec quoi ils coïncident aussi pleinement que possible, parce qu’ils n’ont pas encontre de sensation de la limite, c’est-à-dire de limite aux possibilités de leurs sensations. En un sens donc, la jouissance de l’être parlant ne diffère de celle de l’animal, qui ressemble terriblement à l’enfant, qu’à être, en plus de ce qu’elle est, représentation, et donc déjà répétition possible” (M. B. Kacem, *Événement et répétition*, 2004, p. 84).

24 “Nos affects ne sont jamais que les jouissances transférentielles de ces trous que la représentation poinçonne dans un réel qui les ignore. L’animal ne connaît que la jouissance au premier degré, tandis que la représentation jouit au second, elle jouit de ø comme tel, de l’imprésenté, de la forme dont elle enveloppe les matières; seul l’être de représentation connaît le Désir, parce qu’il ne connaît que des affects liés non à la chose même, sa matière, mais à la forme qui l’isole puis l’innerve de ses failles, en sorte qu’il n’est pas jusqu’à ses jouissances matérielles, dites en tout cas telles, culinaires ou sexuelles, qui ne soient, pour l’essentiel, liées à la forme qui enveloppe ces étants présentés, et pas à leur matérialité. Avec ce point aveugle : qu’à la fin la jouissance devient épuisement, exténuation de la forme, c’est-à-dire: forclusion du vide que la représentation a immiscé de toutes parts dans le réel. C’est la jouissance au second degré” (id., p. 130).

aplicación habrán de derivarse todos los conocimientos, todos los ulteriores progresos del alma, hasta las concepciones del genio más sublime. Sea lo que fuere del grado de certeza de idea semejante, yo no la anuncio aquí sino por haber sido de hecho el punto de partida del camino seguido para cubrir este quinto y último punto.

No he de ponerme a contar los pormenores de los medios empleados para ejercitar las facultades del niño bravío del Aveyrón sobre los objetos de sus apetitos, dado que no se trata más que de meros obstáculos de dificultad creciente, interpuestos en el camino de la satisfacción de sus necesidades [...]. Así es como se han ido desarrollando todas las facultades que han de servir a su instrucción y no queda sino hallar los medios más viables de ponerlas en juego²⁵.

3. El lenguaje

El niño cuenta con algo más que un lenguaje de gestos, con el que marcaría sus reacciones; dispondría de un lenguaje de señales, con el que manifestaría sus deseos:

Para manifestar cada deseo dispone de las señas más expresivas, y que, a semejanza de las nuestras, tienen, a su manera, gradaciones y sinonimias. [...]. Muchas personas no quieren ver en procesos semejantes nada distinto del comportamiento de un animal cualquiera; he de decir que, por mi parte, creo reconocer en ello el lenguaje de acción en toda su elementalidad; ese lenguaje primitivo de la especie humana, originariamente usado en los albores de las primeras sociedades antes de que el esfuerzo de multitud de siglos hubiese organizado el sistema de la palabra²⁶.

Se podría suponer que están ahí dados los rudimentos de una comunicación simbólica, pero esos recursos expresivos, lejos de facilitar la adquisición del lenguaje oral articulado, a juicio de su tutor lo dificultarían, diagnosticando esa “facilidad con que nuestro niño bravío puede dar a entender sus escasas necesidades por otros medios ajenos al de la palabra”²⁷ como una de las causas principales que obstaculizan el aprendizaje lingüístico. Coincidirían la economía de subsistencia libidinal y el primitivismo del lenguaje de acción. La fijación del niño salvaje radicaría en la pertinaz suficiencia de sus necesidades, capaces de expresarse uniformemente sin rodeos por medio del elenco de señas, renuentes a cualquier circunvolución simbólica y extrañas a cualquier circunloquio discursivo, sin los cuales la arbitrariedad del código, el hiato entre presentación y representación, entre objeto y signo se harían imposibles:

Y, en fin, para dejar completo el historial de este lenguaje pantomímico, he de decir aún que lo entiende tan bien como por medio de él se hace entender. Para mandarlo a por agua, le basta a madame Guérin con enseñarle el cántaro invertido, de manera que entienda que está vacío, y por un expediente semejante consigo yo que me eche agua en el vaso cuando comemos juntos, etc. Pero lo más sorprendente es la manera en que se muestra propicio a semejantes medios de comunicación es el hecho de que no haya necesidad de ningún aprendizaje previo ni de ninguna convención recíproca²⁸.

La distensión de la necesidad más allá de su mundo originario (*físico*) requeriría del lenguaje simbólico como estructura de la representación del goce, que permite anticiparlo, o diferirlo; en definitiva, objetivarlo hasta el extrañamiento o simbolizarlo:

La institución subjetiva del niño salvaje exigiría la expropiación de sus necesidades, que, más que consistir en un descentramiento de un sujeto preexistente, que se alcanzaría por medio de la renuencia de la respuesta ante el estímulo, consiste en la invaginación de la diferencia por

25 pp. 42 s. “No estará aquí de más hacer notar que no he encontrado dificultad alguna para cubrir este primer fin. Siempre que se trate de sus necesidades” (id.).

26 pp. 39-41.

27 p. 39.

28 p. 41.

el significante, que desfonda la necesidad por el goce, que articula el deseo como goce de sujeto separado de objeto, goce dilatado, goce diferido²⁹. No obstante, el discípulo consiguió hurtar el bulto y engranar la palabra en la maquinaria narcisista de su placer:

Me di cuenta de que Víctor no reproducía aquellas palabras que yo le había enseñado para pedir los objetos que mentaban o expresar el deseo y la necesidad que de ellos sentía, sino que no lo hacía más que en determinados momentos y siempre a la vista del objeto deseado. Así, por ejemplo, por grande que fuera su gusto por la leche, no era sino a la hora en que tenía costumbre de tomarla y en el instante mismo en que veía que le iba a ser ofrecida, cuando emitía, o más bien formaba de manera adecuada, el nombre de aquel su alimento favorito. Para aclarar las sospechas que esta especie de reserva me inspiraba hice la prueba de retrasar la hora de su desayuno: en vano fue esperar la manifestación escrita de sus necesidades, con todo y que se le hubiesen llegado a hacer más apremiantes, y no fue sino al aparecer el propio tazón de leche ante sus ojos cuando formó la palabra convenida. Aun quise recurrir a una segunda prueba: en mitad del desayuno y evitando prestar a mi actuación toda apariencia de castigo, quité de la mesa el tazón de leche y lo metí en un armario, si la palabra *lait* hubiese sido para Víctor el nombre de la cosa o la expresión de su necesidad, es indudable que ante aquella repentina privación y continuando insatisfecho su deseo la palabra tendría que haber llegado a ser escrita; mas, como no lo fuese, tuve que concluir en base a ello, que la composición de aquel signo, lejos de ser para mi discípulo la expresión de su necesidad, no era sino una especie de ejercicio preliminar que hacía maquinalmente preceder a la satisfacción de sus apetitos. Me resigné, pues, animosamente a la necesidad de volver sobre los mismos pasos y de hacer nuevamente el mismo gasto de energías³⁰.

El tutor no puede contentarse con confirmar la constancia del significado (reacción), tiene que confirmar la constancia de la identidad del significado (respuesta). La constitución del sujeto tiene que depender de la comunicación lingüística de su deseo, para así inscribirlo en la trama de la asociación que sirve de bastidor para el orden simbólico, haciéndose posible el negocio intersubjetivo posibilitado por reglas que suponen una referencia normativa y una identificación imaginaria:

... la palabra emitida no era, a juzgar por el momento de su aparición, más que una vana exclamación de júbilo, en vez de ser la señal de la necesidad. Si hubiese salido de su boca antes de la concesión del objeto deseado habríamos llegado a puerto: Víctor habría captado el verdadero empleo de la palabra, se habría establecido entre nosotros un comienzo de comunicación y se habrían ido sucediendo los más rápidos progresos; pero en vez de esto no había conseguido sino una expresión, tan insignificante para él como inútil para ambos, del placer experimentado. Es cierto que en rigor se trataba de un signo vocal, señal de la posesión de la cosa; pero esto, vuelvo a decirlo, no establecía ninguna relación entre nosotros; estaba destinado a ser rápidamente abandonado en razón de su misma inutilidad para las necesidades individuales y sometido a un sinnfin de anomalías como el propio sentimiento efímero y cambiante de que se había hecho señal. [...].

No era sino en el propio disfrute de la cosa cuando la palabra "lait" se dejaba oír más a menudo³¹.

Lenguaje privado inútil, en el que el signo es engullido a la vez que el objeto, *leche* a la vez que leche, leche a la vez que *leche*, revelando esa única vez del *a la vez* la inutilidad, la inviabilidad de la ostensión para la significación: ¿de qué 'leche' se trata? Falta, o sobra, la representación, el significante de la necesidad alentando en el hiato entre necesidad y satisfacción y cuya latencia urgiría la comunicación de la carencia constitutiva de ese sujeto, desde entonces interceptado por esa representación del deseo que se vuelve hacia el otro. Ese lenguaje privado impediría la comu-

29 "Por una parte, el significado nos desarraiga, nos saca de una inmersión inmediata en nuestra sustancia natural, y nos expone al curso fluido de la cadena significante. Por otra parte, induce a nuestra apasionada, obstinada sujeción a un vínculo específico del significante y el goce (o deseo), nos deja «pegados» a él" (A. Zupančič, "Lo «universal concreto» y lo que la comedia puede decirnos al respecto", en op. cit., p. 256).

30 pp. 68 s. La palabra emplazaría al placer, no lo reemplazaría (para significarlo).

31 pp. 37 s.

nicación lingüística: impidiendo que se prepare la relación interpersonal (alter ego) que supone el desdoblamiento del sujeto (ego/alter) para la reciprocidad simbólica y para el regateo simbólico que permitirían la estructuración paulatina de la subjetividad. La palabra no adquirirá el valor de cambio que garantiza la continuidad de la comunicación al metabolizar la necesidad en el intercambio (simbólico).

La anticipación simbólica sería crucial, por cuanto estructuraría el deseo como repetición, esa repetición que transfigura la sucesión de la necesidad en intencionalidad y que refigura la interrupción de la satisfacción en solicitud: el símbolo es el representante de la repetición de la necesidad y el operador de su regulación social para el sujeto parlante. La esperanza tardiana en el triunfo de su empresa educativa descansa en ello, en esa simbolización que presidiría la subjetividad y gobernaría el goce (*papá*):

Sin duda alguna ha de llegar el día en que el multiplicarse de sus necesidades haga sentir al joven Víctor la urgencia de poner en juego nuevos signos [...]. Ese progreso no hay de ser distinto del que se opera en los niños, que empiezan por balbucir simplemente la palabra *papá*, sin darle ningún sentido, emitiéndola en todo lugar y circunstancia, para aplicarla después a todo hombre que ven, sin llegar a emplearla de manera unívoca y adecuada más que después de múltiples razonamientos e incluso de abstracciones³².

4. El deseo

Sin embargo, la interposición de obstáculos de creciente dificultad para la satisfacción de las necesidades, que cumplen la función de abrelatas del deseo, resultaba, a menudo, estéril, requiriéndose entonces de una conmoción de la que no precisaría la normalización del normal, por cuanto su desarrollo sería un proceso gradual que no requeriría de la invocación de un exceso. Con el joven salvaje, el educador habría de presentar ese hiato, el vacío que hace posible la separación entre la presentación de la necesidad y su representación como goce sujeto a un orden simbólico, aún a riesgo de que el niño quedara devorado en él. Algo así como el decreto de un estado de excepción pedagógico, decisión que suspende la legalidad del tratamiento vigente y recurre a una resolución por ordalía³³, cuyo carácter irrecusable desvela el propio fondo abismático del poder educativo, al cual la anomalía provoca con su tozudez, con su resistencia (histórica) a dejarse recubrir y representar (el discurso pedagógico es entonces manifiestamente sobredeterminado por aquello que había dejado fuera, la escena clínica clásica que había rechazado y donde la relación de poder se establece en la confrontación entre médico y paciente³⁴):

Mi descontento, mi desazón y mi zozobra habían llegado al sumo; sentía cercano el punto en que todos mis cuidados no habrían servido más que para añadirle a aquella mísera criatura la desdicha de ser un epiléptico: con pocos accesos más, la fuerza de la inclinación habría acabado por afianzar una de las enfermedades más repulsivas e incurables. Era preciso, pues, acudir lo más pronto a los remedios, pero ya no por la medicación, tan a menudo inútil, ni aun por la dulzura, de la que ya nada cabía esperar, sino por algún procedimiento perturbador, no muy distinto del arbitrado por Boerhaave

32 pp. 41 s.

33 “est-ce qu’un corps humain –la fiction du corps-à-l’âme– peut mentir? La réponse est non. [...] L’ordalie est comme le symptôme, ça ne ment jamais. Si nous réfléchissons à l’ordalie du point de vue des dénouements et de l’éloquence du sujet –du sujet au sens repéré par la psychanalyse–, il apparaîtrait bientôt ceci : la vérité en question dans le corps est la question du rapport de sujétion dans ce montage où trône l’Autre absolu supposé, cet autre de l’espèce imaginaire qui nous tient absolument, nous les inconscients. Question de sujétion, ai-je dit. [...] la sujétion la meilleure, politiquement la plus efficace parce qu’elle prend à la manière d’une greffe sur le sujet de l’inconscient, soit une manifestation du même type que l’ordalie” (P. Legendre, *Leçons II. L’Empire de la Vérité. Introduction aux espaces dogmatiques industriels. Nouvelle édition*, 2001, p. 209).

34 “la médecine, aussi scientifique qu’elle soit, n’échappera jamais à la dimension de l’ordalie” (id., p. 192).

en el hospital de Harlem³⁵. Tuve la convicción de que si el primer medio que emplease me fallaba, no lograría más que exasperar el mal y hacer ya impracticable cualquier otro tratamiento semejante; firmemente persuadido por ello, elegí el que me pareció más terrorífico para una criatura que aún no conocía, en su nueva existencia, ninguna clase de peligro.

Habiendo ido un día, algún tiempo antes, al Observatorio, en compañía de madame Guérin, esta lo había conducido hasta la plataforma, la cual, como es sabido, se halla a notable altura: no bien se vio el muchacho a poca distancia de la barandilla, he aquí que, poseído de terror y temblando de los pies a la cabeza, retrocede hacia su acompañante con el rostro bañado de sudor, la arrastra por el brazo hasta la puerta y solamente recobra un poco la tranquilidad cuando se ve por fin al pie de la escalera ¿Cuál podía ser la causa de un terror semejante? En absoluto me preocupé de averiguarlo: me era bastante conocer sus efectos, para ponerlo al servicio de mis fines. No tardó en presentarse la ocasión; fue con motivo de uno de sus accesos más violentos y que yo mismo había creído oportuno provocar mediante la reanudación de nuestros ejercicios: aprovechando entonces los momentos en que las funciones sensoriales no se hallaban todavía mínimamente afectadas, abrí con violencia la ventana de su habitación –que estaba en el cuarto piso y aplomaba sobre un saliente zócalo de piedra–, me acerqué a él con todos los aspavientos de la furia y, agarrándolo fuertemente por las caderas, lo mantuve algunos segundos suspendido por fuera del alféizar, con la cabeza hacia el fondo de aquel despeñadero, y lo volví a meter, pálido, bañado en sudor frío, con las pupilas lacrimosas y aún agitado por pequeños sobresaltos, que atribuí a los efectos del terror. Al punto lo conduje a los tableros, le hice recoger los cartoncitos y le exigí colocarlos en sus sitios; todo lo cual fue ejecutado, aunque, en verdad, muy lentamente y más bien mal, pero ya al menos sin asomo de irritación alguna. Acto seguido se tiró sobre la cama y se puso a llorar copiosamente.

Que yo supiese, era la primera vez que sus ojos soltaban una lágrima³⁶.

Síntoma de la angustiada experiencia del reverso irracional de la ley, de la que no se sabe finalmente qué quiere, pero que exige que nos lo preguntemos, esa primera lágrima es la señal del sometimiento y el preludio del consentimiento (interno) al poder del otro, la transformación de la ansiedad en culpa³⁷.

Sin embargo, el genio pedagógico itardiano no deja de sorprendernos: si la prueba de la ansiedad resuelve traumáticamente la subjetivización en esa escisión entre el vértigo del terror que el otro desencadena y la sumisa lágrima que rueda desde ese vórtice, *complementariamente*, la

35 “Con esta idea [de la irrupción de la vigilia en el semisueño del delirante] ha logrado Boerhaave su famosa curación de los convulsionarios de Harlem. En el hospital de la ciudad se había extendido una epidemia de convulsiones. Los antiespasmódicos, administrados en grandes dosis, no habían producido efecto. Boerhaave ordenó «que se llevaran estufas llenas de carbones ardientes, y que se pusieran al rojo unos ganchos de hierro de una forma peculiar; en seguida, dijo en voz alta que puesto que ninguno de los medios empleados para curar las convulsiones había sido efectivo, él no conocía sino un remedio, que era el de quemar hasta el hueso, con el hierro al rojo un sitio determinado del brazo de la persona, muchacho o muchacha, que tuviera un ataque de la enfermedad convulsiva» (M. Foucault, *Historia de la locura en la época clásica I*, México–Madrid, 2000 (5.ª reimpr. de la 2.ª ed.), p. 511).

36 pp. 47 s. Lo que era el estado de excepción, será con el paso del tiempo el estado habitual del tratamiento del idiota en el internado psiquiátrico: “una vez así situados dentro del espacio asilar, el poder que se ejerce sobre los niños idiotas es exactamente el poder psiquiátrico en estado puro, y va a seguir siéndolo casi sin elaboración alguna. [...] En efecto, ¿qué hacía Seguin entre 1842 y 1843, cuando estaba en Bicêtre? En primer lugar, concebía la educación de los idiotas –que por lo demás denominaba «tratamiento moral» [...]– ante todo como un enfrentamiento de dos voluntades [...]: «La lucha de dos voluntades puede ser larga o breve, terminar con ventajas para el maestro o con ventajas para el alumno». Recuerden que en el «tratamiento moral» psiquiátrico, el enfrentamiento del enfermo y el médico era sin duda el enfrentamiento de dos voluntades que luchaban por el poder. Encontramos exactamente la misma formulación y la misma práctica en Seguin [...]” (M. Foucault, *El poder psiquiátrico*, ed. cit., p. 218).

37 Cfr. J. Copjec, “Mayo del 68, el mes emocional”, en S. Žižek (ed.), *Lacan*, ed. cit., p. 146. Primera de las muchas lágrimas, estas ya sin amenaza aparente, que brotan de la ley interiorizada y de la consecuente culpabilidad: “la honda melancolía en que mi joven educando se sumerge cuantas veces, después de haber luchado en vano, con todas las fuerzas de su atención, contra un problema nuevo, en el curso de nuestras lecciones, siente la imposibilidad de superarlo. En ocasiones semejantes es cuando he podido ver cómo, imbuido de un sentimiento de impotencia y afectado tal vez por la inutilidad de mis esfuerzos, mojaba con sus lágrimas aquellos incomprensibles caracteres, sin que ningún castigo ni amenaza o la más leve palabra de reproche las hubiesen venido a provocar” (p. 88).

prueba de la justicia fuerza el punto en el que el individuo es conminado trascendentalmente y provocado hasta el límite a la decisión rebelde que incoa una nueva legitimidad extraña a la ley previa del otro (maestro-amor):

Para este experimento realmente penoso hube de escoger un día en que, hallándome tan satisfecho de su inteligencia como de su docilidad [...] no tendría yo que haber tenido más que alabanzas y recompensas para con él, como él mismo sin duda se esperaba, a juzgar por el contento de sí mismo que traslucía de todo su semblante y todas las actitudes de su cuerpo: pero cuál no sería su estupefacción cuando [...] se vio venir de pronto encima una sombra severa y amenazadora que, con todas las señales exteriores del descontento, deshacía aquello mismo que acaba de saludar con alabanza y complacencia, dispersando sus cuadernos y cartones por todos los rincones de la habitación, y lo agarraba en fin a él mismo por un brazo para llevarlo con violencia hacia un cuarto oscuro como el que había conocido por prisión algunas veces en los primeros tiempos de su estancia en París. Hasta la puerta se dejó conducir con resignación, pero ya en el umbral, rompió de pronto su habitual obediencia, y apalancándose con pies y manos contra las jambas de la puerta me opuso la más acendrada resistencia, que tanto más hubo de complacerme cuanto era en él enteramente nueva, ya que jamás con ocasión de un castigo semejante, siendo merecido, había empañado con la vacilación más leve su entera sumisión. Quise insistir, con todo, para ver hasta dónde estaba dispuesto a llevar su resistencia [...] hasta que al fin, sintiéndose ya próximo a doblegarse a la ley del más fuerte, recurrió al último recurso de los débiles: me tiró un viaje a la mano y dejó en ella la profunda marca de sus dientes. ¡Ay, cuán dulce no habría sido para mí en aquel instante que él me hubiese podido comprender, para decirle hasta qué punto el propio dolor de su mordisco inundaba mi alma de gozo verdadero y me redimía de todos mis trabajos! ¿Era acaso excesiva mi alegría? Se trataba de un acto de legítima venganza (*un acte de vengeance bien légitime*), la prueba incontestable de que el sentimiento de lo justo y de lo injusto, cimiento perdurable de todo orden social, no era ya extraño al corazón de mi educando: dándole sentimiento semejante, o más bien provocando en él su desarrollo, acababa yo de elevar al hombre bravo a toda la altura del hombre moral, por el más privativo de sus caracteres y el más honroso de sus atributos³⁸.

Las pruebas itardianas abisman en el vacío que puntea la continuidad aparente de la vida y del proceso educativo, suspenden en el instante en que se agujerea, ora la inercia de las necesidades, ora la conformidad de la rutina; pero esas crisis son incapaces de deparar consecuencias de valor para que esa naciente rectitud de corazón contagie por entero a su afectividad, que subsiste entumecida (*ce coeur engourdi*).

¿Cómo, podemos preguntarnos, destilar esas necesidades para que representen ese orden simbólico donde advendría el yo del sujeto si se ciega la fuente de ellas, *le renseignement les plus piquant*, si la explotación de las necesidades se practica sin considerar el fomento de los intereses sexuales? El programa educativo se habría basado en que la estimulación sensorial inflacionase la economía pulsional del joven, entretanto el desarrollo libidinal era algo que se antojaba paradójicamente embarazoso, estimulante, pero inoportuno³⁹. Pero, más allá de la conveniencia, afecta a la coherencia: la pubertad del educando se presenta como indiscernible. La pulsión libidinosa del joven resulta una necesidad supernumeraria que no se deja ligar y representar en un orden superior, sino que se retiene, marcando así una cesura, y se disemina, impidiendo su ligadura por el afecto. La convergencia *natural* entre sentidos (deseo) y moral (amor) se chafa: “en lugar de ese impulso expansivo que lanza a los sexos el uno hacia el otro, no he llegado a ver en él más

38 pp. 91 s.

39 La dieta de privación muscular incluía, además de baños muy calientes, sesiones de masaje, “esto es, fricciones secas a lo largo de la columna vertebral y hasta unos toques a modo de cosquillas en la región lumbar. Mas esta última práctica, si bien se reveló desde el primer momento entre las más estimulantes, pronto empezó a propagar sus consecuencias sobre los órganos de la generación y bien a mi pesar me vi obligado a proscribirla, por no favorecer de modo inoportuno su ya de suyo temprana pubertad” (p. 24).

que un instinto ciego, que si le hace, en verdad, ligeramente preferible la compañía de las mujeres a la de los hombres, no llega en absoluto a comprometer su corazón en semejante diferencia⁴⁰. Excitabilidad libidinosa y afecto amoroso resultan ámbitos disjuntos.

Así ha pasado, pues, la coyuntura que tanto prometía y que habría llegado sin duda a satisfacer la esperanza que habíamos puesto en ella si en vez de concentrar toda su acción en los sentidos hubiese animado al propio tiempo al sistema moral, haciendo prender en este corazón entumecido la llama de la pasión (*si, au lieu de concentrer toute son activité sus les sens, elle eût ainsi animé du même feu le système moral, et porté dans ce coeur engourdi le flambeau des passions*). Comoquiera que sea, ahora que he reflexionado bien sobre la cosa, teniendo en cuenta este particular despliegue de los fenómenos de la pubertad, no puedo eludir el cargo de lo impropio que ha sido por mi parte el criterio de equiparar a mi educando con un adolescente ordinario, en quien el amor a las mujeres precede muy a menudo, o al menos acompaña, a la efervescencia de los genitales. Este acuerdo de los gustos con las necesidades no podía darse en una criatura a la que la educación no había enseñado a distinguir un varón de una hembra y a quien solo las sugerencias del instinto dejaban vislumbrar tal diferencia, sin que le fuese dado el aplicarlas a su situación. Así, pues, no dudé por un momento que si hubiese osado descubrir a este adolescente el secreto de sus desasosiegos y el objeto de sus deseos, se habría sacado de ello un beneficio imponderable; pero, por otra parte, aun suponiendo que se me hubiese permitido emprender semejante experimento, ¿no habría de arredrarme ante la idea de dar a conocer a nuestro “sauvage” una necesidad que habría intentado satisfacer tan públicamente como los salvajes y que lo habría llevado a acciones de una indecencia repulsiva? (*Aussi ne doutais-je point que si l'on eût osé dévoiler à ce jeune homme le secret de ses inquiétudes, et le but de ses désirs, on en eût retiré un avantage incalculable. Mais d'un autre côté, en supposant qu'il m'eût été permis de tenter une pareille expérience, n'avais-je pas à craindre de faire connaître à notre Sauvage un besoin qu'il eût cherché à satisfaire aussi publiquement que les autres et qui l'eût conduit à des actes d'une indécence révoltante*) Frenado, pues, por el temor de un resultado semejante, he tenido que parar aquí las cosas y resignarme a ver desvanecerse una vez más mis esperanzas ante un obstáculo imprevisto, igual que en tantas otras ocasiones⁴¹.

El régimen educativo confiaba en el cálculo fisiológico y político, una fisiología política cuyas intervenciones estaban regidas por el principio de la relación directa entre sensibilidad y civilización, del que se desprendía la máxima de la educación primera del niño ferino consistente en un debilitamiento que aumentara su receptividad y su excitabilidad, presuntamente obliteradas, invirtiendo el balance energético del individuo: “una mengua de fuerzas musculares no podía redundar sino en provecho de la sensibilidad”⁴². La identidad entre sensibilidad y civilización sería

40 p. 93.

41 p. 95. “En lugar de ese impulso expansivo que lanza los sexos el uno hacia el otro, no he llegado a ver en él más que un instinto ciego, que si le hace, en verdad, ligeramente preferible la compañía de las mujeres a la de los hombres, no llega en absoluto a comprometerse su corazón en semejante diferencia (*mais sans que son cœur prenne aucune part à cette distinction*): así, lo he visto repetidas veces, en una reunión de mujeres, ir a sentarse a la vera de una de ellas, como buscando alivio a su ansiedad (*à ses anxiétés*), y pellizcarle deliberadamente la mano, los brazos y las rodillas hasta tanto que, sintiendo sus inquietos deseos acrecentarse en lugar de aplacarse por medio de tan peregrinas caricias y no entreviendo un término posible al desasosiego de sus emociones, mudaba de repente su actitud y rechazando con enojo a la que ansiosamente había requerido se volvía acto seguido hacia otra, con la que repetía igual comportamiento. Un día, sin embargo, llevó más lejos sus iniciativas: tras haberse prodigado en aquellas mismas caricias tomó por las dos manos a su dama y, sin poner no obstante en ello nada de violencia, se la llevó a una alcoba, donde vivamente turbado en su comportamiento y presentando tanto en sus modales como en la extraordinaria expresión de su semblante una mezcla indescriptible de gozo y de tristeza, de osadía y de incertidumbre, solicitó repetidas veces las caricias de su dama ofreciéndole las mejillas y le dio lentamente y con aire caviloso una vuelta en derredor para lanzarse al fin sobre sus hombros y estrecharla fuertemente por el cuello; pero aquello fue todo, y tales muestras de amor acabaron como siempre en un movimiento de repulsa que le hizo apartar de sí el objeto de sus efímeras inclinaciones” (pp. 92 s.).

42 p. 24. Poco antes: “De los varios procedimientos que entonces puse en juego, me pareció ser el calor el que mejor cumplía su cometido. Pues, en efecto, tanto fisiólogos como políticos han dado en reconocer en la acción del calor sobre la piel la causa de esa sensibilidad más refinada que distingue a los hombres del mediodía, en contraste con la de los del norte”.

reversible en la diferencia entre lo privado y lo público⁴³. Pero ese engranaje de la necesidad en la decencia que funda la ley es ajeno al muchacho. Un músculo disidente de ese gobierno cerebral y cardíaco en el que se ordenarían los afectos transmite un impulso renuente a consentir cualquier sometimiento, el cual invierte y desbarata los fundamentos del proceso educativo de estimulación, energía indómita e indeterminada (¿amorfa?, ¿polimorfa?) para la que no hay reconducción viable.

[...] cuando a despecho de la ayuda de los baños, de la dieta calmante, del fuerte ejercicio físico a que se halla sujeto, se desencadena nuevamente el vendaval de la sensualidad, el carácter naturalmente dulce del muchacho cambia de modo súbito y total y pasando sin transiciones tan pronto de la tristeza a la ansiedad como de la ansiedad al furor, muestra hastío de sus más vivas apetencias y ora llora o suspira, ora lanza agudos gritos o desgarrar sus vestidos y alguna vez se descompone hasta el extremo de arañar o morder a la propia madame Guérin; con todo, incluso cuando se ha dejado llevar de ese ciego furor que no le es dado gobernar, manifiesta un auténtico arrepentimiento y pide que le den a besar aquella misma mano a aquel mismo brazo que acaba de morder. En tales trances se le altera el pulso y se le congestiona el rostro, llegando incluso en ocasiones a sangrar por la nariz o los oídos, lo cual pone fin al acceso y aleja por más tiempo su retorno, en especial si la hemorragia es abundante. Sobre la base de esta observación, no pudiendo o no osando poner en práctica algo más definitivo, he tenido que recurrir a las sangrías con el fin de aliviar la situación, si bien lo he hecho con no pocas reservas, convencido de que lo verdaderamente indicado no es apagar la eferescencia, sino entibiarla [...] se trata siempre de resultados que no ponen sino un remedio pasajero a la tenacidad de esta concupiscencia tan violenta como indeterminada, que mantiene un estado habitual de inquietud y de sufrimiento, obstaculizando una y otra vez la buena marcha de nuestra educación⁴⁴.

Es el deseo indómito e indeterminado el que aparece destructivamente, con una intensidad irreductible a cualquier donación de sentido, a cualquier investidura de objeto, que hace vacilar lo tenido por seguro, y ante la cual ni siquiera la fidelidad itardiana puede permanecer firme, reduciéndose a consignar que esa huella del acontecimiento deparará consecuencias futuras.

[...] su pubertad, la cual, de unas semanas a estar parte, se viene exacerbando de un modo casi explosivo, y con ciertos fenómenos que suscitan un cúmulo de dudas sobre el origen de lo que solemos llamar afectos del corazón y que tenemos por cosas harto *naturales* (*sur l'origine de certaines affections du cœur; que nous regardons comme très naturelles*). También en este punto he querido reprimirme de juzgar y apuntar conclusiones, persuadido de que nunca se excederá uno en dejar que maduren con el tiempo y se confirmen con observaciones sucesivas, cualesquiera consideraciones tendentes a deshacer unos prejuicios acaso dignos de respeto y que, como quiera que sea, constituyen las más dulces y más consoladoras ilusiones de la vida social⁴⁵.

Y en nota a los *políticos*: “Montesquieu: *Esprit des Lois*, libro XIV” (p. 23).

43 Esa reversibilidad la justificaría el que ambos órdenes resulten de la institución de una ley común, la interdicción del incesto, que funda tanto el poder público como la institución subjetiva por medio de la regulación de la reproducción, es decir, por medio del orden genealógico: “qu’y a-t-il au cœur de la science du droit privé? Essentiellement, tel que l’a agencé le droit romain, le dispositif juridique familial, et de propriété, *dispositif dominé par le principe de paternité*. [...] l’apparition de l’ordre généalogique et l’apparition du politique son pour l’humanité la même chose. [...] on ne peut plus, dans ces conditions, opposer l’ordre du sujet et l’ordre politique, car *la question du père les traverse*” (P. Legendre, *Leçons II*, ed. cit., pp. 90 s.). De ahí que “[...] ce que l’Occident appelle civilisation, c’est essentiellement la culture du droit civil” (id., p. 138).

44 p. 95

45 p. 54. Cabe pensar que habría que esperar al *pequeño Hans*: cfr. S. Freud, *Análisis de la fobia de un niño de cinco años* (1909).

La educación habría de consistir no solo en la mecánica de los sentidos, no solo en una economía del deseo, sino en una política del cuerpo apasionado que pone en juego la representación del amor y de la ley en figura de sujeto⁴⁶.

Pero, escudriñemos por una rendija: la de aquella palabra, *lait*, que solo conseguía acompañarse al placer, solo que sin investirlo, ¿o sí?, solo que... ¿sin intención?: “alguna vez llegaba a proferirla [la palabra] con anticipación y otras veces un poco después, pero carente siempre de intencionalidad (*mais toujours sans intention*). No concedo más importancia a las ocasiones en que la repetía espontáneamente, al despertarse en medio de la noche, como lo hace todavía”⁴⁷. La herida significativa infligida en la enjuta suficiencia expresiva del niño no se advierte, aun cuando de ella brota una multiplicidad ausente deseada en su metonimia significativa. En esa escisión entre la representación inconsciente y la sílaba predilecta, en ese agujero que agujerea el sueño, sueño de la palabra, goce de la palabra, ¿se haría sitio el sujeto?:

La palabra “lait” ha sido para él el punto de partida para los monosílabos “la” y “li”, a los que da ciertamente todavía menos sentido; recientemente ha modificado el segundo añadiendo otra “l”, de suerte que resulta el monosílabo “gli” del italiano; se le oye a menudo repetir “lli”, “lli”, con una inflexión de voz no exenta de dulzura. No deja de sorprender el hecho de que haya ido a ser precisamente la “l” mojada, tan difícil de pronunciar para los niños [*l mouillé, qui est pour les enfants une des syllabes des plus difficiles à prononcer*], uno de los primeros sonidos que ha llegado a articular. Por mi parte, me inclino a creer que acaso haya en tan trabajoso esfuerzo de su lengua como una cierta tendencia hacia el nombre “Julie” [*une sorte d'intention en faveur du nom de Julie*], que es el de una muchachita de unos once o doce años, hija de madame Guérin, que viene a pasar los domingos con su madre; lo cierto es que esos días se hace más frecuente la exclamación “lli”, “lli”, y, según el testimonio de la propia madame Guérin, se dejan oír incluso por la noche, cuando se le diría sumido en el más profundo sueño. Para establecer con precisión la causa y el valor de este último hecho será preciso esperar a que el proceso de la pubertad nos vaya suministrando más observaciones que nos permitan clasificarlo y dar cuenta de él⁴⁸.

La pulsión libidinosa, pospuesta, postergada, proscrita para el proyecto educativo, emerge en el sueño del sonido húmedo de eles lácteas, pareciendo poder reflejarse en esos monosílabos efímeros en los que pugna por devenir como objeto ese múltiple del deseo {*lait...Julie*}.

46 La madre: “La última vez en que, arrastrado por viejos atavismos y por su amor a la libertad de los campos se escapó de casa [...] vino a caer en manos de los gendarmes, [...] [fue] devuelto a París y depositado en los Templarios, donde madame Guérin se presentó por fin a reclamarlo, no sin que al mismo tiempo un nutrido grupo de curiosos se hubiese dado cita en el lugar para asistir a semejante encuentro, que llegó a ser realmente conmovedor: no bien hubo aparecido el aya ante sus ojos, Víctor palideció y perdió el conocimiento unos instantes, pero al sentirse abrazado y acariciado por ella se recobró al momento y haciendo a todos patente su alegría en los agudos gritos, en el convulso atezar las manos, en el fulgor jubiloso del semblante, se mostraba a sus ojos muchos menos como un fugitivo vuelto a caer en las manos del vigilante que como un hijo amoroso que volviese espontáneamente a arrojarse en los brazos de quien le dio la vida” (p. 87). El padre: “No fue menor el sentimiento que demostró conmigo en la misma circunstancia. Fue a la mañana siguiente estando él todavía metido en la cama: no bien me ha visto aparecer se incorpora en el lecho adelantando la cabeza y tendiéndome los brazos; mas al ver que en lugar de aproximarme me quedo en pie encarándolo con continente seco y semblante disgustado, vuelve a tumbarse, se reboza entre las mantas y se pone a llorar; yo acrecenté todavía su emoción con reproches emitidos en un tono alto y amenazador; redoblaron sus lágrimas a las que se sumó esta vez un hondo sollozar; por fin, cuando hube llevado al punto extremos la conmoción de sus facultades afectivas, fui a sentarme en la cama de mi desventurado penitente, acto que Víctor entendió en seguida, por estar ya así convenido entre nosotros, como la señal del perdón; respondió, pues, a ello con los primeros avances de reconciliación y todo fue olvidado” (pp. 87 s.).

47 p. 38.

48 Id.

5. Bibliografía citada

- Badiou, A., *El siglo*, Manantial, Buenos Aires, 2005.
- Copjec, J., “Mayo del 68, el mes emocional”, en Slavoj Žižek (Ed.), *Lacan. Los interlocutores mudos*, Ediciones Akal, Madrid, 2010, pp. 121-152.
- Derrida, J. *Seminario. La bestia y el soberano. Volumen I (2001-2002)*, Manantial, Buenos Aires, 2010.
- Foucault, M., *El poder psiquiátrico. Curso del Collège de France (1973-1974)*, Akal, Madrid, 2005.
- , *Historia de la locura en la época clásica I*, Fondo de Cultura Económica, México-Madrid, 2000 (5.ª reimpr. de la 2.ª ed.).
- Freud, S., *El malestar en la cultura*, en *Obras completas*, Volumen 21 (1927-1931), Amorrortu, Buenos Aires – Madrid, 2007.
- , *Análisis de la fobia de un niño de cinco años (el pequeño Hans)*, en *Obras completas*, Volumen 10 (1909), Amorrortu, Buenos Aires – Madrid, 2008.
- Itard, J., *Memoria e Informe sobre Victor de l’Aveyron* (traducción y comentarios: Rafael Sánchez Ferlosio), Alianza Editorial, Madrid, 1982.
- Kacem, Mehdi. Belhaj., *Événement et répétition*, Tristram, 2004.
- Lane, H., *The Wild Boy of Aveyron*, Harvard Univ. Press, Cambridge, Mass., 1976.
- Legendre, P., *Leçons II. L’Empire de la Vérité. Introduction aux espaces dogmatiques industriels. Nouvelle édition*, Fayard, 2001.
- Lévi-Strauss, C., *Las estructuras elementales del parentesco*, Paidós, Barcelona – Buenos Aires, 1969.
- Rousseau, J.-J., *Del contrato social. Discurso sobre las ciencias y las artes. Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*, prólogo y notas de Mauro Armíño, Alianza, Madrid, 31985.
- , *Emilio, o De la educación*, prólogo y notas de Mauro Armíño, Alianza, Madrid, 1990.
- Zupančič, Alenka, “Lo «universal concreto» y lo que la comedia puede decirnos al respecto”, en S. Žižek (Ed.), op. cit., pp. 225-258.